

haber en España hasta jóvenes carlistas, cuando el tradicionalismo era todavía una aventura guerrera, o, más tarde, jóvenes mauristas, cuando algunos vieron equivocadamente en D. Antonio un apóstol de la renovación nacional, desterrado de los viejos partidos. Pero ¡juventudes conservadoras!...

Hoy la juventud es izquierda, radicalmente iz-

quierda, porque la derecha representa la oposición a todo cambio, la terca resistencia del pasado. Hay que recoger y encauzar esa fuerza humana juvenil que entra en la vida tras la quiebra de la generación de la guerra europea. Cualquiera cosa podrá nuestro corazón desear y esperar del porvenir. Cualquiera cosa menos que sea igual que el presente.

Luis de Zulueta

## Persiflage

### Aria da Capo

= Colaboración directa =

Para Carmen Lira, porque frunce la boca cada vez que le dicen: «¡Ay, qué dicha la suya, siempre dedicada a la educación de los niños, siempre rodeada de angelitos.»

Cortos, cortísimos me están resultando estos días en la casita del admirable viejillo inglés. Dentro de poco tendré que volver a mascar el freno y a aguantar la albarda. Menos mal para mí. Quienes me preocupan sinceramente son mis alumnos. ¡Pobres muchachos y muchachas! ¿Pensáis acaso que os enseño algo? ¡Cómo quisiera enseñaros! Hoy he meditado largo sobre la enseñanza. Le llegaron a Gissing unos libros y está la mar de contento. Se trata de una edición de *Tibulo* —la edición de Heyne— y de no sé qué otros volúmenes. El *Tibulo* es lo que lo tiene encantado. «He aquí, me ha dicho, un poeta de corazón de miel. No hay en toda la literatura latina retrato de poeta alguno, que nos quede, más encantador que el suyo.

«An tacitum silvas inter reptare salubres,  
Curantem quidquid dignum sapiente bonoque est?»

y con eso se ha hundido en su sillón cómodamente. Yo he sacado mi cuaderno de apuntes y me he puesto a escribir, después de pensar; de pensar largo, frente al fuego que chisporrotea lo mismo que si fuera un niño que se divierte solo, igual que un niño, pequeño salvaje, que brinca y ríe y patalea y no se está quieto un instante.

Ya no soy niño. Me encanta estarme quieto. ¡Qué bien se están los muertos! Pobres alumnos los míos, rebosantes de energía, queriendo correr, saltar, bailar, cantar, y teniéndose que estar prudentemente, dominándose. Y yo dominándome también. Yo queriendo estarme quieto, callado, sin decir nada, y teniendo que hablar, que decirles algo, que moverme. ¿Puede enseñarse nada así? De una doble incomodidad, la del maestro y la de los alumnos, ¿puede nacer la sabiduría—la sabiduría que es cosa armoniosa y reposada?

¡Qué no diera yo por decirles alguna vez la verdad a mis alumnos! Por decirles: Criaturas, la vida es un misterio. No sé qué sea bueno en ella ni qué malo. Sé sólo lo que es malo para mí: lo que me hace daño, lo que me causa dolor. Y me causa dolor, me hace daño, verlos a ustedes odiando estas clases pero aferrándose a ellas, por ganas de un título que les dé derecho a hacer lo que yo hago: a entristecerse.

Pero no es entristecerse lo que quieren. Quieren tener una manera de ganarse la vida. ¡Ganarse la vida enseñando mentiras! ¡Incomodándose para ganar unos cuantos pesos al mes con qué ir la pasando! ¡Díganme si no es horroroso esto! Y entre las mentiras que se les enseña, la mayor es el conjunto de necedades acerca de la misión del maestro. El maestro director de almas, el maestro forjador del carácter, el maestro transmisor de la sabiduría del pasado, el maestro heraldo del porvenir... ¡Uf! Cien veces ¡uf!

Les digo la verdad. Me metí a estudiar para maestro porque era un pobre diablo, tímido ante el mundo, enamorado de la sabiduría, y creía que ella está en los libros y que me podría resguardar contra las acechanzas del enemigo. ¡Los libros que me he metido en la cabeza! He querido saber, y les digo que la sabiduría no está donde la he buscado. Más sabio que yo es quien ha podido comprender sus deseos y, sin hipocresía, sin miedo, los ha satisfecho. Más sabio que yo cualquiera de esos que saben cómo hablarles a las mujeres para que se rindan. Yo, ya no es vida la que llevo. Mujer a la que me acerco es mujer que me llena de susto y sobresalto.

Más sabio que yo es cualquier gañán que tiene hambre y sabe dónde aturarse de lo que le satisface el estómago. Yo tengo el estómago enfermo. Tengo malo el hígado. Me levanto con la lengua hecha un asco, desganado desde el amanecer. El desayuno invariablemente me produce un dolorcillo de barriga. Todo lo que es animal en mí anda mal. Criaturas, hay que darse cuenta de que se es animal. Hay que alegrarse de eso. Hay que saber ser buen animal. Fue la última lección de Omar. Todo este saber de la escuela, todas estas clases a tan malas horas, le hacen daño al animal. Son una estupidez mayúscula.

Ustedes quieren ser maestros de escuela. ¡Mejor se ahorcaran! No por injusticia que se les vaya a hacer. No es eso. Sino por la injusticia que ustedes van a cometer. Ya me parece verlos maldiciendo de su suerte, odiando a los niños. Porque los niños son odiosos. Y peor aún que odiarlos es llegar a sentir esto que yo ya siento: cariño para ellos. Es el cariño del esclavo para el látigo,

para la cadena, para el amo cruel. En psicopatía eso se llama *masoquismo*, nombre derivado de un poeta Sacher-Masoch que hizo de esa perversión psicológica el tema principal de sus obras. Sexualmente él era también así. El masoquismo es una enfermedad del deseo que hace sentir gozo en sufrir. Son masoquistas quienes dicen que es agradable el dolor. Y creo que ya se ha pervertido incurablemente el maestro que ama a sus atormentadores.

Mientras se les teme y se les odia a ustedes, aún puede estarse salvo. Pero en cuanto se les cobra cariño... ¡qué horrible! Acuérdense de Job, con una concha, rascándose las llagas de la lepra. ¡El gran consuelo que sentía el pobrecito! Y Job llegó a querer a sus llagas. No de otro modo es el cariño del maestro por la escuela. ¡Cuidense! ¡Cuidense! ¡Eso es lepra!

De ministro en el ramo de instrucción pública, a quien me pidiera plaza de maestro, le preguntaría: ¿Le gusta a usted enseñar? ¿Le tiene usted cariño a la muchachería? Y a quien me respondiera afirmativamente lo mandaría a echar de la punta del muelle de Puntarenas para que se lo coman los tiburones. Los buenos maestros son aquellos que francamente detestan enseñar y odian a muerte a sus alumnos. ¡Oh días aquellos cuando aún era vigoroso yo! Me consumía de ganas de darles a cada uno de mis discípulos una patada en la boca del estómago y una bofetada en pleno hocico. ¡Qué bueno era yo entonces! Ahora no. Ahora soy malo. Ahora les sonrío, les tolero todo, y suavemente, suavemente, los voy empujando a que caigan, sin poder salir jamás, en este infierno de la enseñanza.

Esas, criaturas, es la lección de hoy.

«¿Usted se acuerda con cariño de sus maestros?» le pregunto a Gissing.

«No», responde. «Me expulsaron del colegio.»

Gissing es uno de los más grandes literatos de la lengua inglesa. Es un verdadero sabio. ¡Qué cortos, cortísimos se me están haciendo los días a su lado! Dentro de poco tendré que volver a mascar el freno y a aguantar la albarda. Menos mal para mí. Quienes me preocupan son mis alumnos. Pobres muchachos y muchachas! ¿Pensáis acaso que os enseño algo?...

Persiles

Casa de Gissing, febrero, 1931.

1931

Revista de Avance

Editores:

Francisco Ichaso, Félix Lizaso,

Jorge Mañac y Juan Marinello.

Economía:

|                        |                  |
|------------------------|------------------|
| Número corriente ..... | 20 cts.          |
| Número atrasado .....  | 40 cts.          |
| Trimestre .....        | 60 cts.          |
| Semestre .....         | \$ 1.00          |
| Un año .....           | 1.50             |
| Apartado 2228 —        | La Habana, Cuba. |